

larse una vez más en las últimas palabras de Florent.

Los recelos de la tarde habían vuelto á su espíritu con más fuerza, pues sabía lo irritable que era Montfanón tratándose de ciertos puntos, y en uno de éstos había sido herido á causa de las relaciones forzosas que había de tener con los testigos de Gorka.

—Cuento únicamente con Hafner—se dijo,—pues si éste ha aceptado esta misión, contraria completamente á sus gustos, á su posición y á sus costumbres, y casi á su edad misma, debe de estar de acuerdo con su futuro yerno para conciliarlo todo. Sin contar con que el matrimonio tal vez esté concertado en el presente momento. Espero que no. Esto pondría al Marqués furioso, y exigiría un duelo en las peores condiciones.

El joven había dicho la verdad. La casualidad, que se complace muchas veces en acumular suceso sobre suceso, quiso que Ardea, en el momento mismo en que deliberaba con Gorka respecto á la elección de un segundo testigo, muy disgustado por el compromiso que había aceptado, recibiese una carta de la señora Steno que contenía estas palabras:

Su petición está hecha. La respuesta es sí. Que yo sea la primera en abrazarle á usted, Simpaticone.

Una idea genial brilló en su cerebro: hacer que su futuro suegro arreglase aquel negocio, que juzgaba á la vez inútil, absurdo y peligroso. El apresuramiento con que Gorka había aceptado el nombre de Hafner, provenía, como Dorsenne y Florent sospecharon, del deseo de que su pérfida querida fuese informada de sus hechos. Respecto al Barón, había consentido, ¡oh ironía de las coincidencias! diciendo á Pepino Ardea estas palabras, casi idénticas á las que Montfanón había dicho á Dorsenne:

—Vamos á redactar primero un acta de conciliación, y si el asunto no se arregla, nos retiramos.

En estos términos había concluído aquella memorable conversación, verdaderamente digna de la *combinazione* que presentaba el matrimonio de la pobre Fanny. De este matrimonio se había hablado menos que del servicio que sería preciso prestar á los amores dos veces adúlteros de la gran señora que presidía aquel triste tráfico. ¿Será preciso añadir que ni Ardea ni su futuro suegro habían hecho ni sombra de alusión al verdadero motivo del asunto? Tal vez en otro momento la profunda prudencia innata en el Barón y su especial cuidado de no comprometerse jamás, le hubiesen alejado de las complicaciones que llevaba aquella intrusión en la aventura brutal de un amante exasperado. Pero su alegría ante la idea de que su hija iba á ser Princesa romana, le había, realmente, hecho perder la cabeza. Tuvo, sin embargo, el buen sentido de decir al aturcido Ardea:

—Que la señora Steno no sepa nada, por lo menos hasta nueva orden. Ella advertirá á la señora de Gorka, y ¡sabe Dios de lo que ésta sería capaz!

En realidad, ambos se daban cuenta de que era preciso, directa ó indirectamente, advertir á Maitland. Habían empleado el final de la tarde en hacer su visita á Florent, y después en expedir telegramas sobre telegramas para anunciar la boda de la que la encantadora Fanny parecía tanto más dichosa, cuanto que el Cardenal Guerillot había consentido, á una palabra de ella, en presidir su bautismo. El Barón estaba loco de júbilo. Aquel hombre extraño amaba á su hija, un poco al modo como un domador ama á su caballo favorito que

le ha hecho ganar el gran premio. Así es que cuando llegó Dorsenne, llevando la carta de Chaprón y el mensaje de Montfanón, fué acogido con tal cordialidad y complacencia, que desde luego le hicieron presumir el resultado de la intriga matrimonial, de la que Alba le había hablado.



—Todo lo que su amigo de usted quiera, querido maestro. ¿No es verdad, Pepino?—dijo el Barón sentándose á la mesa.—¿Quiere usted mismo dictar la carta, Dorsenne?—Tome usted. ¿Está bien así? Comprenderá usted con qué sentimiento hemos aceptado esta misión, cuando sepa usted que Fanny es la prometida del Príncipe Ardea, aquí presente. La nueva data de hace tres horas. Así, usted es el primero en saberla, ¿no es verdad, Pepino? ¡Y no se habrán expedido menos de doscientos telegramas! Vuelva usted cuando quiera con el

Marqués. Solamente suplico en vista de esta circunstancia, que la entrevista se efectúe aquí, y si fuera posible, entre seis y siete ó entre nueve y diez, para no estropear nuestra comida de familia.

—Pongamos á las nueve—dijo Dorsenne.—El señor Montfanón es algo formalista. Querrá responder con una carta.

—¡El Príncipe Ardea esposo de la señorita Hafner! —Este grito, que arrancó á Montfanón la noticia dada por Julián, fué tan doloroso que el joven no pensó en reír. Había creído deber prevenir á su irascible amigo, por miedo de que el Barón hiciese alguna alusión al gran suceso en el curso de la entrevista, y que el otro estallase.—¡Cuando yo le decía á usted que el catolicismo de esa joven no era más que una comedia! ¡Cuando yo se lo decía á Monseñor Guerillot! Vea usted á lo que ella aspiraba desde algunos años, con perfecta hipocresía, ¡al palacio Castagna! ¡Y va á entrar en él como dueña? ¡Va á llevar á él el deshonor de ese oro robado y manchado de sangre? ¡Que no me hablen de ello, prevéngaselo usted, ó no respondo de mí! ¡Testigo de un Gorka, suegro de un Ardea!... El triunfa, ese ladrón, que estaría ocupado en hacer alpargatas de orillo, si hubiera jueces. Pero, veamos. Todos los otros Príncipes de Roma, los Orsini, los Colonna, los Odescalchi, los Borghia, los Rospigliosi no van á impedir esa monstruosidad! Felizmente, la nobleza es como el amor: los que compran estas cosas sagradas las envilecen pagándolas. ¡Princesa de Ardea! ¡Esa criatura! ¡Ah! ¡Qué vergüenza! En fin... pensemos en nuestro asunto, en ese bravo Chaprón. Me gusta este mozo, primero, porque probablemente se bate por algún otro,

con una abnegación que no comprendo. Y esto es caballeresco. Habrá querido impedir que ese malaventurado Gorka provocase un escándalo que hubiera hecho ver claro á su hermana. Además, como le he dicho, tiene respeto á los muertos. Veamos. Esta noticia me ha hecho tal efecto que he perdido la cabeza. ¡Princesa de Ardea! En fin, escriba usted que iremos á casa de Hafner á las nueve. En mi casa no quiero esa gente. En su casa de usted no sería correcto; es usted demasiado joven. Y prefiero ir á casa del suegro mejor que á casa del yerno. Ese infame ejerce su oficio comprando lo que compra con sus millones robados. Pero ¿y el otro? Y si su tío hubiera sido Sixto V, Julio VI, Hildebrando, lo hubiera vendido lo mismo. Y no puede engañarse. Ha oído hablar del proceso de ese hombre. Sabe el origen de esos millones. Ha oído lo que hablan de su familia, de su vida. ¡Y no le causa un horror profundo aceptar el oro de ese aventurero! ¿No sabe, pues, lo que significa el nombre? ¡Nuestro nombre! ¡Es nuestro honor, nosotros mismos en la boca y en el pensamiento de los demás! ¡Qué dichoso soy, Dorsenne, por haber cumplido el mes pasado cincuenta y dos años! Moriré antes de haber visto lo que usted verá, la agonía de todas las aristocracias y de todos los reinos. ¡Y si cayeran en sangre! Pero no caen. Se arrastran por tierra, y esto es la tristeza de las tristezas. Pero, por otra parte, ¿qué importa? La monarquía, la nobleza y la Iglesia son eternas: los pueblos que lo desconozcan, morirán. Vamos, escriba usted la carta, yo la firmaré. Haga usted que la lleven y coma usted conmigo. Es preciso ir bien provistos de un argumento que impida ese duelo, sin que nuestro apadrinado que-

de en mal lugar. Es preciso un arreglo, que yo aceptaría para mí mismo. Me agrada mucho ese mozo, lo repito. Me hace olvidar á los otros.

Durante la comida aumentó aquella exaltación, que empezaba á asustar á Dorsenne, y tanto más aumentaba, cuanto que discutiendo las condiciones del arreglo que él contaba conseguir, los recuerdos de su juventud acudían al pensamiento y á las palabras del antiguo duelista. ¿Era la misma persona que recitaba los versos de un himno religioso en las catacumbas algunas horas antes? Había bastado que el señor feudal que se escondía en él apareciera para transformarle. El brillo de sus ojos y el encendido color de su rostro indicaban que tomaba como asunto propio aquel suceso, en el que de buena fe creyó intervenir por caritativo impulso únicamente. El antiguo duelista se agitaba en aquel hombre creyente, cuyas pasiones fueron abrasadoras, y que había amado todas las emociones, incluso la del peligro de las espadas desnudas, como hoy amaba sus ideas, como había amado su bandera, de una manera desenfrenada. No se trataba ya de tres pobres mujeres á quienes evitar tristes sospechas, ni de una buena acción. Veía á sus antiguos camaradas, y su talento de esgrimidor, el modo como aquél tenía de atacar con golpes derechos, la sangre fría del otro, y después esta frase cortaba sin cesar la conversación de estas no muy pacíficas anécdotas:—Pero, ¿por qué diablo Gorka ha elegido como testigo á ese Hafner? Es tan degradante como inconcebible. Llegó así el momento en que, subiendo al carruaje que debía conducirles al sitio indicado para la cita, oyó que Dorsenne decía al cochero:—Palacio Savorelli.

—Es el último golpe—dijo el Marqués, levantando el brazo y apretando el puño.—Ese aventurero habita la casa del pretendiente, la casa de los Stuardos. ¡La casa de los Stuardos!—repitió, y cayó en un silencio que el escritor comprendió era más tormentoso aún que sus declamaciones de hacía un instante. No salió de él hasta que se les introdujo en el salón del corredor de *bibelots*, convertido en gran señor— en uno de los salones, mejor dicho, pues la casa tenía cinco.—Allí, Montfanón empezó á dirigir miradas en torno, con rostro tan contrariado y encendido, que, á pesar de sus angustias, á Dorsenne le fué imposible reprimir la risa y molestarle diciendo:

—¿No pretenderá usted que no hay aquí bellos objetos? Esos cuadros, por ejemplo.

—No hay nada que esté en su sitio—respondió Montfanón.—Sí, son dos magníficos retratos de antepasados. Vea usted esas armas en esa vitrina, y él no ha tocado nunca una espada. Y he aquí un tapiz que representa el milagro de los panes, lo que es ya una audacia. No me creerá usted, Dorsenne, pero el estar aquí me pone malo. Piense en el trabajo humano, en el alma humana que se ha puesto en estos objetos, para que vengan á parar aquí. Para ser poseídos ¿por quién? Cierre usted los ojos y piense en los Shoeder y en otros que usted no conoce. Vea usted las boardillas donde no hay muebles, ni lumbré, ni pan.....Y después abra usted los ojos y mire.

—Y usted, amigo mío—replicó el escritor,—piense en nuestra conversación de las catacumbas y en las tres mujeres á nombre de las que le he suplicado á usted que ayudase á Florent.

—Se lo agradezco á usted—dijo Montfanón pasándose la mano por la frente.—Le prometo á usted tener calma.

Apenas había pronunciado estas palabras, abrióse la puerta, dejando ver otra habitación iluminada también, y en la que, á juzgar por el ruido de la conversación, debía haber varias personas.

—Sin duda, la Condesa Steno y Alba—pensó Julián;—y el Barón entró acompañado de Pepino Ardea.

Mientras hacía las presentaciones oficiales, el escritor sintió la fuerza del contraste que ofrecían sus tres compañeros. Hafner y Ardea, vestidos de frac, con una flor en el ojal, tenían la fisonomía abierta y feliz de dos burgueses que nada tienen sobre su conciencia. La tez, de ordinario ajada, del hombre de negocios, estaba animada; su mirada dura, como enternecida. En cuanto al Príncipe, la misma admirable inconsciencia de niño mimado declaraba su semblante jovial, mientras que el héroe de Patay, calzado con gruesas botas, su largo cuerpo encerrado en una levita un poco ajada, mostraba la faz triste del que tiene remordimientos. Un administrador infiel obligado á dar sus cuentas á unos señores generosos y confiados, no tiene el rostro más sombrío ni más lleno de cuidado. Había puesto su único brazo á la espalda, con tal tiesura, que ninguno de los que acababan de entrar le tendió la mano. Esta presentación estaba, sin duda, poco en armonía con la que esperaban el padre y el novio de Fanny, pues una vez que los cuatro se sentaron, hubo un momento de silencio, que el Barón rompió el primero; comenzó á hablar con voz mesurada, una voz que mide las pala-

bras, como la balanza del usurero pesa las monedas de oro. Dijo así:

—Señores: creo corresponder á un sentimiento común, estableciendo antes que nada un punto que debe dominar nuestra reunión. Estamos aquí para ejecutar una obra de conciliación entre dos hombres, dos *gentlemen* que conocemos, que estimamos; mejor dicho, que amamos igualmente.

Pronunciadas estas palabras, se había vuelto sucesivamente á cada uno de sus tres interlocutores, los que, á excepción del Marqués, se inclinaron. Hafner miró entonces al gentilhombre con aquella mirada habituada á leer hasta el fondo de las conciencias, para adivinar lo que pueden costar, pensando que el primer testigo de Chaprón dificultaría el caso. Después continuó:

—Expuesto esto, suplico á ustedes que lean este papel.

Había sacado de su bolsillo una hoja doblada en cuatro partes y asegurado sobre su nariz su famoso lente de oro.—Es poca cosa—añadió:—una de esas *directives*, como decía Moltke—que sirven para guiar las operaciones; un proyecto de acta que modificaremos después de la discusión.

—Perdón, caballero—interrumpió Montfanón, que había fruncido más fuertemente el entrecejo al ver citado por Hafner al célebre feldmariscal, y detuvo al lector, que, sorprendido, dejó caer su lente sobre la mesa. Siento mucho verme obligado á manifestar á usted que ni el señor Dorsenne ni yo—y se volvió á Dorsenne, que hizo un gesto equívoco de hombre muy contrariado—podemos admitir el punto de vista en que usted se coloca. ¿Usted pretende que estamos aquí para ha-

cer una obra de conciliación? Es posible. Es de desear. Pero nada sé de esto, y permítame que le diga que usted tampoco. Yo estoy aquí..... Estamos aquí—y otra vez miró á Julián, que repitió el gesto de antes—para escuchar los agravios que el señor Conde de Gorka les ha encargado formular á los enviados del señor Chaprón. Formulen ustedes sus agravios y los discutiremos. Formulen ustedes las reparaciones que pretenden en nombre de su representado, y las discutiremos también..... Los papeles vendrán después, si es que vienen, y ni ustedes ni nosotros sabemos cuál será el resultado de esta conferencia, ni lo debemos saber antes de haber establecido los hechos.

—Hay un error, caballero—dijo Ardea, al que las palabras de Montfanón habían excitado un poco. No podía, como tampoco Hafner, comprender el carácter, muy sencillo, pero muy singular del Marqués, y añadió:—He intervenido en varios casos de esta especie: cuatro veces como testigo y una de otra manera, y he visto emplear sin discusión el procedimiento que el señor Hafner acaba de proponer, y que no es más que un medio expedito tal vez para llegar á lo que usted llama muy correctamente el establecimiento de los hechos.

—Ignoraba el número de los lances de honor en que usted ha intervenido—respondió Montfanón, más nervioso desde que el futuro yerno de Hafner se había mezclado en la discusión;—pero me permitiré decirle á mi vez que me he batido siete veces y que he sido testigo unas catorce. Es verdad que era en la época en que el jefe de su casa de usted era su padre, si no me engaño, el difunto Príncipe Urbano, al que he tenido el honor de conocer cerca de Su Santidad cuando yo

servía en los zuavos. Era una hermosa figura de gentil-hombre romano, y que llevaba orgullosamente su nombre. Esto lo digo para probarle que también yo tengo alguna competencia en materia de duelos. Pues bien: nosotros hemos considerado siempre que la misión de los testigos era arreglar los negocios que tenían arreglo; pero también la de fijar las reglas convenientes en los que no le tenían. Examinemos, pues, el asunto. Nosotros estamos aquí para eso y nada más que para eso.

—¿Estos señores son de la misma opinión?—preguntó Hafner con tono conciliador, consultando con la vista á Dorsenne y á Ardea.—No tengo la pretensión de imponer mi sistema—continuó, doblando el papel, que guardó.—Establezcamos, pues, los hechos como usted dice. Nuestro amigo el señor Conde de Gorka ha sido ofendido, gravemente ofendido por el señor Chaprón en el curso de una discusión, en un sitio público. El señor Chaprón ha llegado, ustedes lo saben, á una..... ¿cómo diré yo? á una vivacidad que no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de ánimo del señor Gorka. Pero, en fin, efectuada ó no, la amenaza existe. El señor Gorka ha sido el ofendido y es preciso una satisfacción. No creo que haya duda ninguna sobre este punto de partida, que es el origen del caso, ó más bien todo el caso.

—Otra vez le pido á usted perdón, caballero—respondió secamente Montfanón, que no se preocupaba de disimular su mal humor.—El señor Dorsenne y yo tampoco podemos aceptar ese modo de fijar la cuestión. Admite usted que la vivacidad del señor Chaprón no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de áni-

mo del señor Gorka; nosotros pretendemos que por parte del primero no ha habido más que un ademán apenas indicado y dominado en seguida. Por consecuencia, usted atribuye al señor Conde de Gorka la cualidad de ofendido, y esto es ir demasiado de prisa. Hasta ahora no es más que el demandante. Lo que es diferente.

—Pero él es de derecho el ofendido—interrumpió Ardea.—Reprimido ó no, el simple ademán constituye una amenaza de vías de hecho. No he pretendido hacer el maestro de armas recordando mi único duelo; pero esto es el A B C del código caballeresco; si la injuria es seguida de vía de hecho, equivale á ésta. El ofendido en esta forma tiene el derecho de elección de armas y condiciones. Consulte usted sus autores y los nuestros Chateauvillars y De Verger, Angelini y Gelli..... Todos están de acuerdo.

—Lo siento por ellos—dijo Montfanón, mirando al Príncipe con un fruncimiento de cejas casi amenazador;—pero es una opinión que no se sostiene ni en general ni en particular. La prueba es que un tirador, como usted dice—y su voz temblaba, un *bravo*, para usar la palabra de su país, no tendría, para efectuar un asesinato legítimo, más que insultar á aquel que quiera con palabras atroces. El insultado replica con ademán irreflexivo y contenido, y usted admite que el *bravo* es el ofendido y que tiene la elección de armas.

—Pero, en fin, señor Marqués—dijo Hafner con visible disgusto, tanto las argucias y la mala voluntad del gentilhomme irritaban en él el deseo de un arreglo práctico y fácil,—¿dónde quiere usted ir á parar? ¿Cree usted que esto se arregla con embrollos de ese género?

—¡Embrollos!—exclamó Montfanón medio levantándose.

—¡Montfanón!—suplicó Dorsenne levantándose á su vez y obligando al terrible hombre á sentarse.

Retiro la palabra—dijo el Barón,—si le ha molestado á usted. Nada más lejos de mi pensamiento. Repito á usted que le presento toda clase de excusas, señor Marqués. Pero veamos: díganos usted lo que desea para su representado. Esto es bien sencillo. Y después procuraremos poner de acuerdo las exigencias de nuestro representado con las del de usted..... Es una cuentecilla sin pormenores, que se arreglará.....

—No, señor—dijo Montfanón con una severidad insolente.—Es un caso de justicia, lo que es muy distinto. He aquí—continuó con voz dura—lo que el señor Dorsenne y yo queremos: el señor Conde de Gorka ha insultado gravemente al señor Chaprón. Déjenme ustedes concluir—insistió ante un gesto simultáneo de Ardea y de Hafner.—Sí, señores; preciso es que le haya insultado gravemente para que el señor Chaprón, cuya perfecta cortesía conocemos todos, haya tenido el movimiento incorrecto de que se hablaba hace un instante. Ha sido convenido entre esos dos señores, por razones de delicadeza, que es preciso aceptar como nos las dan, ha sido convenido, digo, que la naturaleza del insulto hecho por el señor Gorka al señor Chaprón no sea divulgada. Pero nosotros tenemos el derecho y el deber de medir la gravedad del insulto por el exceso de cólera que ha despertado en el señor Chaprón. Y concluyo que, para proceder equitativamente, el acta de conciliación debe contener concesiones recíprocas;

COSMÓPOLIS